



"La Nación" Buenos Aires, 21 febrero 1923

NO  
8-175

# INTELLECTUALISMO Y DEPORTISMO

Por MIGUEL DE UNAMUNO

(Para LA NACION)

SALAMANCA, enero de 1923.

Hemos estado leyendo durante estas vacaciones últimas de Navidad la segunda serie de los "Outspoken Essays" o sea "Ensayos de franqueza" "outspeak" en inglés significa "decirlo todo, hablar muy claro"—del ya famoso deán anglicano, de la catedral de San Pablo de Londres, William Ralph Inge. El deán Inge es un platonista—platónico ha tomado otro sentido—que no cree en la inmortalidad del alma individual, propagandista de la eugenesia, o mejor del malthusianismo, que se ríe no poco del progreso y que dice que nunca ha comprendido por qué ha de ser contra el Creador el suponerle sentido de "humour". En lo que estamos con él, pues hay no pocos pasajes del Antiguo Testamento en que Jehová se nos aparece como un gran humorista. Y el deán Inge, que como clérigo y doctor en teología—o en "divinity", divinidad, que dicen los ingleses—debe conocer, después de todo, su Biblia, imita en el hump-rismo a su Dios. Lo ha debido tomar también de la ironía socrática aprendida en su Platón.

El deán Inge es claro está! lo que llamamos un intelectual, aunque no estemos muy seguros de que sea eso a que se llama un intelectual. Es, desde luego, lo que en tiempos de Voltaire y Rousseau y luego de la Revolución Francesa se llamaba "filósofo", lo que en el Méjico de Porfirio Díaz se llamaba "científico", en la Argentina de Rosas "unitario" y en la Grecia de Sócrates y de Pericles "sofista". En Rusia se les llamaba, colectivamente, la "intelligentia". Suelen ser los críticos indisciplinados, que unas veces se apoyan en el pueblo y otras, las más, en lo que se llama un "déspota ilustrado", los partidarios de la imposición de la cultura. Y de lo que Bismarck llamó "Kulturkampf" o lucha por la cultura. Que no es lo mismo que la lucha por la civilización y la civilidad ni mucho menos. Los intelectuales suelen ser liberales, pero rara vez demócratas. Y si se proclaman en ocasiones demócratas es por creer que el pueblo, el "demo", está por el liberalismo. Que tampoco es siempre lo mismo que la libertad.

El deán Inge hablándonos en su ensayo: "El Estado, visible e invisible" de la supuesta "bancajarota de la ciencia" nos dice que los métodos de ésta continúan obrando, que logran nuevos y señalados triunfos cada año y que ningún pensador puede hoy satisfacerse con dividir por medio el mundo del conocimiento y separar la religión, la ética y la política del estudio de la naturaleza. Y agrega: "No son los filósofos los atraídos por semejante teoría; son los políticos. Amontonan desdén ("they heap scorn") sobre aquellos a quienes llaman "intelectuales", no porque estén equivocados, sino porque son pocos".

Pero ¿es cierto que los políticos amontonan desdén, o desdeñen siquiera a los llamados intelectuales y ello porque sean pocos? ¿O es que los políticos no son también intelectuales o se tienen por serlo?

Este confuso y tan equívoco término de intelectual ha nacido principalmente en los medios socialistas obreros y por oposición a obrero manual. Pero todo obrero que se dedique a la propaganda socialista—comunista, sindicalista, anarquista, etc.—se hace, por ello mismo, un intelectual, pues la propaganda se hace con la inteligencia. Marx era un intelectual y hasta un filósofo. Y acaso nada más—ni nada menos—que un filósofo de la economía política. Más aun que Proudhon, de cuya filosofía se burlaba. Y hasta la que llaman propaganda por el hecho es intelectual.

Los políticos mismos son intelectuales, buenos o malos, de mucha o de poca inteligencia, pero intelectuales al cabo. El libro sobre el "Principio", de Maquiavelo, es tan intelectualista como la "República" de Platón o la "Utopía" de Tomás Moro. Ni sirve decir que es de política realista, porque nada hay más ideal que la realidad, ni conocemos ésta sino por ideas. Cuando Maquiavelo nos enseña que "el que engaña encontrará siempre quien se deje engañar" y nos pone el ejemplo del papa—español—Alejandro VI, que "no hizo jamás otra cosa ni pensó jamás en otra que en engañar hombres y siempre encontró sujeto en quien poder hacerlo", enunció un profundo principio de política intelectual.

Y así, como dijo para siempre Maquiavelo, es. Al aforismo de Hobbes—otro intelectual!—de que el hombre es lobo para el hombre—"homo homini lupus"—hemos opuesto varias veces el correlativo, o sea que el hombre es cordero para el hombre, que el hombre nace esclavo y está buscando quien le mande para sacudirse la responsabilidad y el trabajo de tener que mandarse. Pero más preciso será decir que está buscando quien le engañe. El mundo quiere ser engañado—"mundus vult decipi"—dice la sentencia. Y un pueblo encuentra siempre el gobernante que le engaña. Que le engaña con el engaño que él, el pueblo, buscaba. Porque éste no vive sino de engaños e ilusiones, que llamamos glorias.

Ahora que esos de quienes se dice con sorna, con odio, con envidia, pero no más que con fingido desdén, que son intelectuales, suelen ser los críticos, los escépticos o inquisitivos—por oposición a los dogmáticos o decretivos—los que no caben en agrupaciones programáticas. "Son los eternos opositores!"—dicen los profesionales de la política de partido.

Por lo demás, aquí, en España, concretamente, la política se ha des-intelectualizado bastante. El nivel intelectual del Parlamento español en los tiempos que precedieron y siguieron a la revolución de 1868 era más elevado, con respecto al general de la Nación, que lo es hoy. Se encontraba entonces mayor número de representantes del pueblo que poseyeran humanidades y cultura clásica. Cánovas del Castillo, historiador, novelista y hasta poeta, era un hombre que aforaba un prestigio literario. Y nada digamos de los caudillos de la democracia republicana: Castelar, Pi y Margall, Salmerón...

El tipo del político profesional, de oficio o técnico, poco o nada intelectual y hasta casi analfabeto, se afirmó aquí después de la Restauración, con el turno de los dos grandes partidos dinásticos, y se reafirmó en los tristes tiempos grises de la Regencia. Y ni siquiera hubo soldadotes del fuste de Espartero y de Narváez. El miedo, no desdén, a la inteligencia, la "misología", que habría dicho Platón, fué, a pesar de Cánovas, característico de la Restauración, lo fué más aun de la Regencia y sigue siéndolo del actual reinado, que no es sino una Tras-Regencia, una continuación, agravada, de la Regencia. El deportismo no es en el fondo más que una reacción, otra la inteligencia, un anti-intelectualismo. La frialdad, su sello. En las más altas esferas del Poder no se escatiman las burlas y hasta los sarcasmos—casi siempre de una chabacanería evidente—a cuenta de la intelectualidad. Pero es porque se la teme. Es a lo que más se teme.

Aquí, en España, no se ha dado apenas el caso de un Gladstone, humanista; de un Disraeli, novelista intenso; de un Balfour, autor de obras sobre el problema religioso y casi teólogo, que toman parte en la gobernación del Estado. Nadie puede tomar a Maura por un pensador ni por un literato. A lo sumo un letrado. Nuestros políticos de la derecha eclesiástica, de la política católica, apenas si han pasado del Catecismo del P. Astete. Y se atienen a la máxima de éste: "Eso no me lo preguntéis a mí, que soy ignorante; doctores tiene la Santa Madre Iglesia Católica que os sabrán responder". La ignorancia religiosa de los gignones laicos de nuestra conservaduría ortodoxa es realmente pavorosa. Y esto hay que tener en cuenta ahora que con la lucha por las responsabilidades y contra el cesarismo, el pretorianismo y el despotismo dinástico va a venir una lucha por la civilización y la civilidad. Detrás del militarismo, ya en baja, levanta cabeza el clericalismo. O algo peor.

Algo peor, que es la ramplonería jesuítica, el seudo-tradicionalismo mazorrar que hace seis años ponía todas sus esperanzas en el triunfo de los ejércitos del kaiser germánico. Les salió mal aquello de la llamada Gran Campaña Social, que tuvo que hacer abortar, siquiera provisionalmente, el mismo que la acericó y protegió en sus comienzos, pero vuela en la carga.

Los partidos políticos se están pulverizando en España, pero esto mismo da más fuerza a los llamados intelectuales, a los átomos libres, a los individuos que con inteligencia y pasión ejercen la crítica de los poderes decadentes y agonizantes. Un antiguo adagio latino de los quimicos dice que los cuerpos no obran sino disueltos—"corpora non agunt nisi soluta"—y esta disolución de las viejas corporaciones políticas es la que produce nuestro actual estado revolucionario. Y al cabo el intelectualismo someterá al deportismo. Y ello por ser un deportismo más alto y más puro.